
CAPÍTULO XXI

Matilde volvió á su casa en un estado de abatimiento fácil de comprender.

El mal era más grande de lo que nunca pudo suponer.

Durante el trayecto desde la calle de Lisboa á la de Saint-Honoré, el abogado no la había dirigido la palabra, permaneciendo callado y adusto.

Ella, por otra parte, no trató de romper el silencio. ¿Qué le hubiera podido decir, ni qué alegar en su defensa? Las apariencias la condenaban tan claramente, que toda disculpa era inútil.

Hacia las cinco vió á la señora de Savignat atravesar el jardín, y la oyó entrar en el despacho de su marido.

La conversación fué larga, y, pensando que hablaban de ella, hubiera querido estar allí, defenderse y explicar su vida; pero comprendía que no la creerían, que la despreciaban, que la aborrecían, y que un día había bastado para hacer que

se derrumbase, sin esperanza de remedio alguno, aquel templo de amor y de dicha que la casualidad había levantado para ella.

Cuando salió la señora de Savignat, vió por entre las cortinas á su marido, que la acompañó hasta la puerta medianera, donde se estrecharon la mano cordialmente.

La expresión de ella era iracunda y severa, pero las facciones del señor Peyral sólo revelaban, cuando se volvió hacia su casa, una inmensa tristeza.

Andaba lentamente, con los ojos fijos, en la actitud de un hombre que acaba de sufrir un desastre irremediable; y poco después oyó la joven pasos en la antesala que precedía á su cuarto, y llamaron á su puerta.

En el acto corrió á ella y abrió.

Era Peyral, quien se dejó caer con desaliento en una butaca cerca de la ventana, diciendo á su mujer con voz que en vano pretendía aparecer segura:

—¿Conque eras la querida de ese marqués?

Matilde guardó silencio y permaneció de pie, apoyada sobre la chimenea, porque apenas podía tenerse.

—Responde—continuó él,—y no tengas miedo: me has herido en el corazón; pero te he querido demasiado para cometer una violencia. Además—añadió con amargura—soy abogado y no hombre de acción. Habla sin temor.

—Es verdad.

—¿Desde cuándo?

—Debes saberlo por mis cartas, puesto que las tienes.

—¡Ojalá no las hubiera visto jamás, pudiendo conservar la ilusión al menos de la dicha, lo cual es ya mucho en los tiempos y en el medio en que vivimos! Por ellas he sabido, en efecto, que antes de casarnos tuviste relaciones con el marqués; pero no me dicen ni su época ni su duración. ¿Dónde le conociste?

—En casa de mi maestra, calle de la Paz, adonde iba todos los días.

—¿Y te hizo proposiciones?

—Me persiguió durante más de un año.

—¿Sin resultado al principio?

—Sí; sin resultado.

—¿Pero al fin cediste?

—¿Á qué conduce este interrogatorio? Sí; cedí, como dices, en una noche de aburrimiento y hastío de la vida.

—¿Y cuánto tiempo fuiste su amante?

—Hasta su casamiento: unos seis meses.

—¿Le veías á menudo?

—No; creo que no le interesaba mucho: era de un natural melancólico y no poseía las aptitudes necesarias á toda mujer de placer.

—¿Dónde os reuníais?

—Generalmente en mi casa, calle de Gorot; en mi cuarto, que no estaba en armonía con los gustos

del señor de Avoise. Otras veces en la suya, calle de Lisboa.

—El marqués pasaba por rico entonces y era muy pródigo: ha debido ofrecerte otra habitación.

—La rehusé.

—¿Por qué?

—Porque me había entregado; no me había vendido.

Matilde contestaba con acento breve y enérgico. Se indignaba al fin, no contra su marido, sino contra el destino que la aplastaba bajo el peso de una falta que había esperado borrar.

El abogado continuó:

—Tu falta era conocida; el marqués habla de amigos que asistían á vuestras citas. ¿Quiénes eran? Sin duda sus inseparables Tallerande y de Fresnes, y otros tal vez... por ejemplo, el señor Trevieres.

—No; sólo fueron á algunas comidas, á que tuve la debilidad de asistir, Tallerande y de Fresnes.

—¿Y otras mujeres?

—Ninguna.

—Así, pues, ¿no has aceptado nada del señor de Avoise?

—Nada.

—¿Ni aun cuando se casó?

—El marqués quiso darme una suma importante, pero la rehusé, lo mismo que la casa y los muebles que me ofrecía.

—Entonces, ¿te entregaste á él por amor?

—No; yo no quería al marqués. No le he querido nunca.

El señor Peyral no protestó de la inverosimilitud de esta respuesta.

—Entonces ¿qué sentimiento te inclinaba á esas relaciones?—dijo.

—Ya te lo he dicho: el aburrimiento y la tristeza de la soledad. Había momentos en los que sentía la tentación de arrojarme al Sena.

—¿Y no ha tratado de volver á verte el marqués después de su casamiento?

—Al pronto, no.

—¿Pero después?...

—Después ha vuelto á perseguirme, pero inútilmente.

—¿Y sus amigos?

—¿Sus amigos? Inmediatamente después de nuestra ruptura trataron de reemplazarle, haciéndome proposiciones que otras hubieran considerado magníficas. Yo las rehusé; y como insistían, cambié de obrador y me mudé de casa para perderlos de vista. Entonces fué cuando vine á vivir á la calle de Saint-Honoré. Desde que me casé, esos señores se han conducido correctamente conmigo.

—¿Y no has tenido otros amantes?

—No.

—¿Á qué ibas hoy á la calle de Lisboa?

—Desde hace algún tiempo, el marqués está

muy exaltado y audaz. Hace pocos días se introdujo en este cuarto, mientras tú estabas en la Audiencia; me abrumó á protestas y á ruegos, y me costó mucho trabajo echarle de aquí. Yo sabía que conservaba mis cartas, porque me decía que las leía á menudo, y comprendí que la pasión de que hablaba, con una exaltación que no he visto nunca en él, constituía un peligro para mi tranquilidad... y para la tuya—añadió con esfuerzo.—Anoche, en un momento en que no nos observaban, me dijo rápidamente que nos amenazaba un gran peligro y que, para evitarlo, debía ir hoy á la calle de Lisboa.

—¿Y tú creíste en la amenaza de ese peligro imaginario?

—Sus palabras me aterraron; perdí la serenidad y fuí á la calle de Lisboa. Era un lazo que me tendía el marqués.

El abogado escuchaba á su mujer con atención: parecía un juez de instrucción interrogando á un detenido.

—Continúa—dijo fríamente.

—Era una imprudencia, ya lo sé; pero ¡qué quieres! Siempre estaba esa desgraciada falta presente en mi imaginación, y temía que llegases á conocerla. Al ir á casa del señor de Avoise me decía á mí misma que, después de todo, podía defenderme si el marqués se propasaba, y además esperaba conseguir, haciendo un llamamiento á su honor, que renunciara á perseguirme y destru-

yese aquellas cartas, que podían caer en manos indiscretas. Ésta es la verdad: comprendo que no me crees, que no puedes creerme, y, sin embargo, te juro que no miento.

—¿Por qué—repuso el señor Peyral al cabo de un instante de silencio—no me confiaste esa falta cuando pedí tu mano?

Matilde tuvo un movimiento de despecho.

—¿Crees, acaso, que semejantes debilidades son fáciles de confesar? Hice mal, es posible; tú te hubieras marchado para no volver; y, para ser enteramente franca, estaba tan harta de mi vida, y la quietú me ofrecías era tan inesperada y feliz, que no tuve valor para renunciar á ella. Y ahora—añadió con mal reprimida cólera—te lo he dicho todo, porque eres mi marido y te debía esta confesión tan penosa para mi orgullo. No me preguntes más, porque no te contestaría. No espero que me perdones, ni tendría fuerzas para volver á verme en tu presencia. Te juro, sin embargo, por todo lo más sagrado, que desde nuestro casamiento no tengo ni la más pequeña falta de qué acusarme; pero tu orgullo de hombre no podrá olvidar que te he engañado, aunque sólo sea con mi silencio, ni creer que sólo he ido á la calle de Lisboa para resistir á las instancias del hombre que fué mi primer amante, por lo cual no podemos ya vivir juntos, y sólo te ruego una cosa.

—¿Cuál?

—Cambiaré de nombre y desapareceré; tú me

darás algunos billetes de mil francos, necesito poco, y me estableceré en alguna ciudad lejana, trabajando para ganarme la vida, sin que vuelvas nunca á oír hablar de mí. Si quieres divorciarte para ser más libre, no trataré de defenderme, y confesaré que he acudido á la cita de la calle de Lisboa. Te prometo no volver á casarme y respetar tu nombre, aun cuando no lo lleve; he disfrutado tres años de felicidad, que hubiera sido perfecta sin ese desgraciado recuerdo, y es más de lo que muchas de mi experiencia pueden contar.

El señor Peyral estaba agitado por una emoción extraordinaria al lado de aquella mujer á quien había amado tan ardiente y confiadamente. Comprendía que decía la verdad, toda la verdad. El abogado tenía demasiado corazón y sobrada experiencia de la vida para dudarle.

—No sé aún lo que decidiré—dijo levantándose;—el golpe que he sufrido es tan imprevisto, que necesito reflexionar. Prométeme no hacer nada, ni tomar resolución alguna antes de que hayamos vuelto á hablar. ¿Consientes?

—Te obedeceré.

—Es preciso que nada cambie en nuestras costumbres para con la sociedad y para con los criados.

—Como quieras.

Sofía llamó á la puerta, avisando que estaba la sopa en la mesa.

El matrimonio bajó, y comió en silencio.

Una vez terminada la comida, que fué breve, Matilde salió al jardín, y su marido se puso un gabán, disponiéndose á salir; pero, en el momento en que iba á cruzar la puerta, retrocedió, y dirigiéndose al jardín dijo á su mujer, al mismo tiempo que le cogía las manos y le dirigía una profunda mirada:

—Me has prometido no hacer nada.

—Si.

—¿Y cumplirás tu promesa?

La joven levantó la cabeza, y clavando en él sus grandes ojos secos y brillantes de fiebre:

—Como la otra—dijo;—como la que te hice al pie del altar; pero no expondrás tu vida por mí, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿No desafiarás al marqués?

—¡Qué idea!—dijo encogiéndose de hombros.—
¡Un abogado! ¿Acaso es mi oficio batirme?

—¿Adónde vas?

—Á casa de mi compañero y amigo el señor Desroches, para un asunto urgente. He perdido todo el día, y además—añadió—no se es juez en propia causa y necesito, á mi vez, de consejo.

Matilde se dejó engañar por su afectada tranquilidad.

Tenia un deseo loco de arrojarse á sus pies y decirle:—Perdóname: sólo te amo á ti: bien ves que no miento;—pero no se atrevía y le vió alejarse con profunda tristeza, no exenta de alguna espe-

ranza, porque había leído en los ojos de su marido la emoción que le embargaba.

Después corrió á encerrarse en su cuarto, y arrodillada al pie de su cama, con la cara oculta entre las manos, exclamó:—¡Dios mío, haz que vuelva á mí y que olvide el pasado!

En el momento de salir el señor Peyral, llamó aparte á la doncella y le dijo:

—Sofía, es usted buena muchacha. La recomiendo á usted que no abandone á su ama un solo momento, bajo ningún pretexto, hasta mañana. La recompensaré á usted.

Y salió, haciéndole seña de que guardase silencio.

CAPÍTULO XXII

Signió á pie la calle de Saint-Honoré, tomó por el boulevard y llegó sin apresurarse á la esquina de la plaza de la Ópera.

Necesitaba tomar el aire y reflexionar con sosiego.

Encontró la plaza de Favart llena de gente que salía á tomar el fresco durante un entreacto de Mignon, que cantaban aquel día, como muy pocos después, cuando se quemó el teatro, y... la mayor parte de los espectadores; pero el abogado no iba por el espectáculo; le bastaba y le sobraba con el drama que se desarrollaba á su alrededor.

Levantó la vista hacia una de las ventanas de la casa que estaba situada enfrente de la Ópera Cómica, y que pertenecía al despacho de su amigo el señor Desroches.

La abogacía en sus altas esferas es una de las

profesiones cuyos individuos están más unidos por sincera amistad.

Un rayo de luz se filtraba á través de las cortinas, lo cual hizo comprender al señor Peyral que su amigo se encontraba allí, y subió la escalera llamando á la puerta, que abrió una doncella fresca y vivaracha.

—El señor está en casa—dijo al reconocer al amigo de su amo.

—¿Solo?

—Con el comandante.

—Bien.

El abogado entró sin anunciarse, como una persona de la casa.

El señor Desroches estaba, en efecto, en su despacho: un salón muy curioso, grande y *confortablemente* amueblado, pero en el cual nada indicaba la presencia de una mujer.

El señor Desroches era, y es aún, soltero, siendo de temer que muera en la impenitencia final.

Es un escéptico bastante materialista, pero que siente algún respeto por el autor de un mundo que, aun no siendo perfecto, ofrece mil motivos de admiración al espíritu humano. Estaba recostado en una inmensa butaca y fumaba tranquilamente en una pipa soberbia, siguiendo con mirada soñolienta las espirales de humo que subían hasta el techo. Es bajo y grueso, con pequeñas patillas y las mejillas coloreadas por el abuso de los vinos, hacia

los cuales sentía una verdadera debilidad que no trató nunca de negar.

Enfrente de él, otro personaje, delgado, alto y huesudo como el conde Pablo, se encontraba en la misma postura, con los pies apoyados sobre un banquillo de tapicería (obra de una sobrinita que acechaba la herencia del tío), y fumaba también en una pipa americana muy delgada, cuya boca descansaba sobre el mármol de un veladorcito, al lado de un vaso de cerveza de extraordinario tamaño.

Era el comandante, y ni el uno ni el otro se movieron al entrar Peyral; parecían dos figuras grotescas de Terra-cote, y sólo cuando su amigo estuvo entre ellos y los examinó con atención, le saludaron con un movimiento de cabeza afectuoso, continuando con fervor el ejercicio á que estaban dedicados, sin volver á ocuparse de él.

El señor Peyral acabó por acercar una tercera butaca, en la cual se arrellanó frente al fuego; y este silencio contemplativo hubiera podido durar toda la velada, si no se hubiera apagado la pipa del comandante, el cual, al notarlo, se preparó á llenarla de nuevo.

—Cuando hayan ustedes terminado...—dijo simplemente el señor Peyral.

Los cuatro ojos de sus amigos se fijaron en él como otros tantos signos de interrogación.

—Desearía decirles dos palabras.

Los dos pares de ojos le invitaron á continuar.

—Tengo que pedir á usted un favor—dijo, dirigiéndose al abogado.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿De qué clase?

—Helo aquí: necesito dos testigos.

—¿Para un contrato?

—No. Para un duelo.

El comandante suspendió su operación sorprendido.

—¿Es una broma?—dijo Desroches.

—De ningún modo.

—¿Y con quién es el duelo?

—Con el marqués de Avoise.

—¿Sobre qué?

—Yo creo que usted tiene bastante confianza en mí para no preguntármelo. Bástele á usted saber que se trata de un duelo serio, y que, en cuanto cabe, quisiera que uno de los dos quedase allí muerto.

—¡Demonio! No te creía tan feroz—dijo Desroches.

—Pues lo soy.

El señor Peyral se expresaba con calma, sin emoción aparente.

—¡Diablo!—dijo el otro soltando su pipa.

Conocía á su colega, con el cual estaba luchando en la Audiencia hacia veinte años, sin que por ello se entibiase en lo más mínimo su leal amistad, y

comprendía que, para que Peyral fuera á reclamar de él aquel servicio, era preciso que hubiese recibido una ofensa de las más graves y formado una resolución que era inútil combatir.

—Entonces—añadió Desroches, — eso corresponde al comandante. La toga cede el puesto á la espada.

El comandante era un ex-jefe de dragones que hacia ya quince años tuvo que retirarse, bien á su pesar, á consecuencia de una herida.

Rico y solterón, vivía al lado de su primo Desroches, en cuya casa tenia habitación, pero sin cocina, y correteaba, según su expresión, por los *restaurants* y el Casino, siguiendo su capricho, pero casi siempre en compañía de su primo. Peyral, hasta la época de su casamiento, hacia causa común con ellos. En una palabra, eran los tres amigos íntimos.

—¿Y está usted decidido á batirse?—preguntó el comandante.

—Sí.

—¿Es usted el ofendido?

—Sí.

—¿Sabe usted coger una espada?

—Como todo el mundo.

—Es decir, de ningún modo. ¿Ha tirado usted al sable?

—Ni una sola vez.

—¿Y la pistola?

—Casi nunca.

—¡Pues estamos frescos!

—¡Bah!—dijo tranquilamente Peyral.—Hay un Dios para la gente honrada.

—Más vale no fiarse.

—Yo tengo confianza en Él—dijo el abogado.

—¿Y es del marqués de Avoise de quien se trata?

—Del mismo.

—¿Y qué dirá la señora de Savignat si le mata usted al yerno?

—Engarzará en brillantes á Peyral—afirmó Desroches.

—Sería preciso un milagro—repuso el comandante.

—¿Por qué?—dijo Peyral encogiéndose de hombros.

—Porque el marqués es un maestro en las armas. Tira admirablemente al florete; y en cuanto á la pistola, le he visto en casa de Gastine y hace blanco á veinticinco pasos.

—Lo pondremos á diez y seis, y así variará.

El comandante lanzó á su primo una mirada inquieta, que quería decir:

—He aquí un amigo por cuya vida no doy dos cuartos.

—¡Bah!—respondió Desroches, que había comprendido.—Puesto que lo desea... yo soy de la opinión de Peyral: hay un Dios para la gente honrada.

—¿Y cuándo quiere usted que se verifique el duelo?—preguntó el comandante.

—Lo antes posible.

—¿Mañana por la mañana?

—Perfectamente.

—Entonces hay que ocuparse de ello en seguida.

Los deberes de la amistad son sagrados, y el comandante imitó á su primo dejando su pipa, como aquél lo había hecho antes.

—Voy á vestirme—dijo levantándose;—es fastidioso, pero de rigor; y tú arréglate también—añadió dirigiéndose á su primo.

Cuando los dos abogados se encontraron solos, cambiaron muy pocas palabras.

—¿Historia de mujer?—preguntó Desroches.

—Sí.

—Entonces, ¿no debe uno casarse?

—No lo sé á punto fijo.

Y al decir esto era sincero. Había experimentado tales alegrías y tales penas, largas las primeras y las segundas cortas, pero tan crueles, que no sabía de qué lado se inclinaba la balanza.

En todo caso, su decisión estaba tomada. No quería vivir con la idea de que el otro, el primero á quien había pertenecido Matilde, podía disputársela con la audacia que da al hombre la posesión de una mujer de la cual ha podido y debido creerse amado.

Por otra parte, la falta de la modista había tenido testigos. ¿Podía dejar creer que conocía la aventura de su mujer dejándola frecuentar la casa en que debía forzosamente encontrar á su antiguo amante?

Tallerande y de Fresnes lo sabían todo, estaba seguro de ello, puesto que Matilde se lo había confesado, y quería probarles que su ignorancia era completa, puesto que jugaba su vida en el instante mismo en que supo lo que había.

Dudaba, en fin, de todo: de Matilde y de su sinceridad; hasta de sí mismo. Aborrecía al marqués, y atravesaba una de esas horas de pasión en las cuales no se razona y desea uno descargar su cólera sobre los hombres y las cosas para que ésta no le ahogue; en que se obra ciegamente, por instinto, arrastrados por una fuerza superior que todo lo avasalla, y que los antiguos llamaban fatalidad, suerte ó destino.

Los dos primos, transformados en testigos, volvieron al cabo de un instante, con sus levitas abrochadas, condecorados ambos; en suma, respetables y correctos.

—¡Quédate aquí!—dijo Desroches.—Quizás tardemos.

—Sé dónde hallar á nuestro hombre—afirmó el comandante. Vamos.

Peyral cogió al ex-jefe de escuadrón por la manga de la levita, diciendo:

—Sobre todo, que no haya arreglo, bajo ningún pretexto.

Y añadió en voz baja:

—Un duelo mortal, para el uno ó para el otro.

—Comprendido.

Los dos amigos no volvieron hasta la una de la madrugada.

—Ya está arreglado—dijo el comandante.

—¿Cómo?

—Á las siete de la mañana.

—¿Dónde?

—En el Bosque de Boulogne, dentro del parque de lord Pembroke, cuyo hotel está deshabitado. El barón de Tallerand se encarga de hablar al jardinero.

—¡Ah! ¡Tallerand!

—Es testigo del marqués, con el conde de Fresnes.

Una sonrisa, la primera de la noche, iluminó la fisonomía del señor Peyral.

El barón y el conde, que habían sido testigos de la falta, iban á asistir á la reparación.

—¿Y las condiciones?—dijo.

—Duras, pues el marqués ha aceptado todo sin objeciones, contra la opinión de sus padrinos.

—¿Qué más?

—Á pistola, á treinta pasos, con facultad de avanzar cinco y á voluntad después del primer disparo. Dos balas. Es duro; pero, con un tirador

como el señor de Avoise, era el único medio de igualar las probabilidades... en lo posible.

Peyral respiró largamente y dijo:

—Está bien.

—Ve á dormir si puedes—repuso Desroches.—Yo no sé lo que siento. Decididamente no sirvo para estas luchas heroicas, y, sin embargo, tengo fe...—añadió estrechando la mano de su amigo,—y estoy seguro de que saldrás del paso sano y salvo.

El comandante movió la cabeza; no estaba tranquilo, y era preciso ser tan ignorante en las armas, como lo era su primo, para creerlo.

Á las dos de la mañana abrió sin ruido el señor Peyral la puerta de su hotel, se encerró en su despacho y escribió tres cartas; después de lo cual se quedó dormido en una butaca.

Á las seis de la mañana le despertó un rayo de sol. Todo dormía ó parecía dormir en el hotel, y el abogado, que sentía la cabeza muy pesada, arregló el desorden de su traje, levantó la vista hacia el retrato de su mujer, que le sonreía, y, después de contemplar su imagen largamente, salió con el mismo paso silencioso con que había entrado algunas horas antes, y llegó á la esquina de la calle de Castiglione al mismo tiempo que un coche de alquiler, en el cual iban sus dos amigos á buscarle.

El señor de Avoise se quedó petrificado, después

de que se hubo marchado la señora de Peyral.

El hombre á quien envuelve con su masa enorme una avalancha no se siente más perdido. La aparición tan imprevista del abogado, la resistencia tenaz de su antigua amante y la idea de que la señora de Savignat, que buscaba armas contra él, tenía en sus manos tantas pruebas, le desconcertaron por completo.

Se hizo conducir á la plaza de Vendome, y se dirigió al cuarto de su mujer; pero la doncella le dijo que había salido con su madre y que no volvería en todo el día, pues pensaban comer en Passy con sus amigos los señores Descaut, donde las encontraría si lo deseaba.

El marqués experimentó una contrariedad ante esta ausencia, que le impedía ver y hablar á su mujer.

Ya, durante el trayecto desde la calle de Lisboa á la plaza de Vendome, había casi decidido humillarse ante aquella dulce esposa, que le hubiese dado, á quererlo él, la dicha, la tranquilidad y el reposo, y á la cual él, en cambio, había torturado de mil modos, sin casi repararlo, por correr en pos de amargas decepciones.

Extraño problema el de esos hombres que tienen en su mano la felicidad y la pisotean para correr detrás de quimeras que, semejantes á los fuegos fatuos, les extravían y arrojan en abismos de perdición.

El marqués tuvo un relampago de razón, y en presencia de Elena hubiese tal vez encontrado, en la desesperación de su posición perdida, la elocuencia necesaria para convencerla; pero, por desgracia, aquel rayo de luz debía ser efímero.

Á las seis, cansado ya de esperar, se fué hacia los boulevares en busca de sus amigos Tallerande y de Fresnes, á quienes no tardó en encontrar.

El verdadero hombre de sociedad sabe ocultar sus mayores preocupaciones bajo un exterior correcto y frío. El marqués poseía esta cualidad en alto grado, y apenas si Tallerande, su amigo más íntimo, notó en sus facciones ligeras huellas de contrariedad.

—¿No marchan bien las cosas?—le preguntó.

—No: estoy cansado de la vida...—El marqués pronunció sonriendo esta lúgubre frase.

—De la vida que llevas—rectificó Tallerande, con bastante buen sentido:—cámbiala...

—Es demasiado tarde.

—Entonces ven á comer.

Reclutaron otros tres compañeros y encargaron, en un *restaurant* célebre, una comida exquisita, que se prolongó hasta las nueve y media.

Después fueron al teatro de Novedades, donde se cantaba una opereta que no tardó en ponerles en fuga; tan mala era.

¿Qué hacer para acabar la noche? El club les tendía sus amorosos brazos; pero lo que necesitaba

el marqués, para aplacar su secreta rabia y calmar sus nervios, no era un club tranquilo como el *Sport*, donde entraron primero, y en uno de cuyos salones, el de lectura, se entretenían unos veinte señores, casi todos formales y de edad, con los periódicos del día, mientras que en otro se jugaba con la misma formalidad al *whis* ó al *ecarté*.

Lo que necesitaba el marqués era una partida seria y animada, donde, sobre el tapete verde, lucharán los jugadores, á fuerza de montones de oro y paquetes de billetes de Banco, contra un solo hombre, al cual, aunque divididos en dos bandos, como pasa en el *bacarrat*, tratasen todos de dejar sin un céntimo. Esta partida soberbia era preciso buscarla en otro sitio.

El marqués y sus compañeros salían del club, cuando se cruzaron con el barón Nollet, que seguía con disimulo sus evoluciones.

—¿Viene usted?—le dijo Tallerande con ligero acento de ironía.

—¿Adónde?

—Á arriesgar sus millones, Creso.

—¿Me desafía usted?

—¡Ya lo creo!

El barón fijó una mirada glacial en el marqués.

—No se debe nunca desafiar á un loco á que cometa una locura.

—¡Bah!

—Lo va usted á ver. Vamos.

El barón se unió á la alegre banda de calaveras y bajaron de dos en dos las escaleras del club.

Para encontrar lo que buscaban, sólo tenían que andar cuatro pasos, pues las ventanas de un Casino célebre, situado en la plaza de la Ópera, aparecían brillantemente iluminadas.

Cuando la turba de locos invadió el vestíbulo, los salones estaban llenos, y los habituales concurrentes iban llegando de los teatros y las reuniones.

La primera figura que vió el marqués, fué la del conde Pablo, que, juicioso por necesidad, gozaba del espectáculo de la locura ajena tendido en un sofá.

—¿Hay partida fuerte?—preguntó Gaetano.

—Empieza ahora—dijo el viejo fantoche.

—¿Quién está?

—Todo el mundo. Barcoff, Kleilil-bey, Labarre, sir Knaw, el comendador: todos los cosmopolitas...—Y, haciendo un guiño especial, añadió:—¿Estás en fondos?

El marqués hizo un signo afirmativo: había cobrado aquella mañana los cien mil francos del barón, su último recurso.

Si Luis Nollet le seguía, como sigue el lobo al caballo, que rendido de cansancio va á caer en la

estepa, era por recobrar su dinero, y sobre todo para devolver golpe por golpe y vengarse; una palabra pasada de moda, pero siempre verdadera. Si la empleamos, es que no existe su equivalente en nuestro idioma; pero la venganza anda por el mundo con careta.

El conde Pablo enderezó su cuerpo anguloso, no pudiendo resistir al atractivo de una partida que presentía llena de emociones, y siguió la procesión, que se dirigía, á través de los salones, hacia el teatro de la lucha.

Se oía, desde lejos, el ruido de la raqueta que recogía los montones de fichas y la voz de los *croupiers* que dominaba el ruido de la sala con las monótonas frases:

—¡Hagan juego! ¡No va más!

El conde Pablo gozaba en aquel centro con las pasiones de los demás, y recordaba sus hermosas y funestas noches de jugador.

Era una música que prefería á todas las orquestas del mundo.

La sala del *baccarat*, que era magnífica y muy grande, estaba iluminada por dos lámparas eléctricas cuyas pantallas hacían caer la luz sobre el tapete, de un verde delicado. El verde de las praderas en el mes de Mayo.

Bajo su techo, muy alto y artesonado, con roseatas como las naves de las iglesias, creía el conde Pablo ver la fortuna, en la figura de una mujer

muy bella y con los ojos vendados, distribuyendo sus favores, que sembraba á la casualidad entre aquellas cabezas inclinadas alrededor de la mesa.

Todas aquellas fisonomías eran curiosas de observar. Flemáticas por lo general, como de gente acostumbrada á las alternativas de suerte y mala suerte que se suceden caprichosamente; fanatizados algunos por el demonio del juego, como los derviches de Oriente, y con los ojos fijos todos, en la carta que sale, espiondo con angustia la que ha de arrebatárles su última moneda. La última de la noche, el fin de la lucha.

Á los pocos momentos de entrar en el salón el marqués y sus amigos, se operó un movimiento: el banquero se levantaba, y, recogiendo los restos de la talla, muy mermados, se retiraba.

Hacia falta otro batallador, otro valiente que presentara la batalla y luchase solo contra los dos ejércitos que, coaligados, se disputaban su dinero.

—¡Quinientos luses se tallan!—¡Seiscientos!—¡Setecientos!—¡Ochocientos!—¡Mil luses!

El conde Pablo tocó ligeramente en el brazo al marqués, desempeñando, como de costumbre, el papel de demonio tentador; pero aquella noche su excitación era superflua, porque Gaetano tenía sed de distracción y de movimiento. Las aventuras del día hacían hervir su sangre, y estaba calenturiento é incapaz de reflexionar, fluctuando entre la idea

de morigerar su conducta y el deseo de salir de su embarazosa situación, de cualquier modo que fuese y sin saber qué camino tomar.

De pronto le pareció que se hacía la luz en su cerebro, y que los cien mil francos, intactos, se agitaban en su bolsillo. Con cien mil francos y buena suerte ¿no podía arreglar sus asuntos? ¿El dinero no es acaso la libertad? ¿Podía decentemente humillarse más ante las Savignat? ¡Qué desatino!

—*Banca abierta*—dijo; y sacó de su bolsillo la cartera de piel de Rusia, muy elegante, con cantoneras de oro y una corona en el centro.

Era un regalo de Elena en el día primero de año, y experimentó una sensación de remordimiento; pero el demonio le impulsaba y pensó que, después de todo, arriesgaba poco.

Se sentía al borde de un abismo, perdido, y sólo un golpe de fortuna podía salvarle.

Los jugadores tienen de esas alucinaciones y esas esperanzas hasta en el fondo mismo del abismo á que ruedan despeñados.

Con cien mil francos, que no eran nada para él, y en nada resolvían su situación, podía ganar un millón; más aun, todo el dinero de los demás y todo el papel del barón Nollet, que acababa de sentarse tranquilamente entre *los puntos*, cosa que hacía rara vez, porque generalmente no hacía más que pasar por aquel salón espléndido de

dorados, y cuyas magníficas colgaduras quedaban en la sombra, porque toda la luz se reconcentraba sobre el solo punto interesante de aquel sitio; las cartas, que decidían de la fortuna, y la raqueta, que la distribuía.

Los cien mil francos de Gaetano, transformados en fichas, rodaron en montón hasta el centro de la mesa. Eran su recurso supremo, y, sin embargo, sólo les concedía una mirada distraída, casi indiferente. Su imaginación estaba en otra parte; pensaba en Matilde Peyral, en su hermosura, que le trastornaba, y en sus desdenes. Estaba perdida por su culpa; pero tal vez con oro pudiera recobrarla... Adelante.

El *croupier* le dió las cartas, y esto le distrajo de sus cavilaciones. Desde los primeros *pases* olvidó todo lo demás, y la suerte se declaró en su favor.

Los puntos apretaban, esperando abrir brecha en la masa colocada delante del banquero, y que aumentaba visiblemente.

Gaetano era ordinariamente una presa fácil: poca suerte y demasiado ardimiento.

El barón se reservaba, estudiando el juego con cuidado y con la calma del hombre de dinero, seguro de que, al fin y al cabo, la victoria es del que tiene más soldados.

En el último *pase* de la primera baraja, el marqués había doblado su capital, y era un bonito resultado para unos cuantos minutos.

Tallerande, que nunca arriesgaba más que pequeñas cantidades, tocó en el hombro á su amigo.

El marqués volvió la cabeza, y el otro le hizo una seña expresiva que quería decir:—No te obstines, vámonos;—pero el conde Pablo vigilaba y jamás perdía la ocasión de inclinar á los demás á cometer una tontería.

—¡Seguir la suerte!—dijo; y el marqués talló otra baraja.

Poco á poco el barón pareció animarse, y la suerte que se debía seguir, según el conde Pablo, empezó á manifestarse incierta y caprichosa.

Á las doce y media, Gaetano, que tallaba por sexta vez, tenía delante un gran montón de fichas y de billetes que representaba una suma importante; pero, en pocos pases, la pirámide se derrumbó, y el barón Luis pronunció con su voz de carraca esta amenazadora frase:—Mil luses al paño dos.

El duelo se hacía serio, y el barón ganó, lo cual era un desastre para el marqués, quien, sin embargo, vió con alegría que el barón no retiraba sus ganancias: podía cambiar la suerte y recobrar sus pérdidas; pero continuó favoreciendo á *los puntos*, y, á partir de aquel momento, fué una lucha heroica, que *los mirones* seguían con asombro.

Nunca se había aventurado tanto el barón. Bien es verdad que sólo arriesgaba las ganancias, y

su cara de zorro no dejaba traslucir la menor emoción.

Por último, lanzó este reto:—¡Cinco mil luses!

El marqués señaló el tapete, sobre el cual sólo quedaban algunas fichas.

—¡Sobre palabra!—replicó galantemente el barón.

—¡Sea! Aceptado.

Se hubiera oído volar una mosca; el barón volvió sus cartas en medio de la expectación general. Tenía nueve, y había ganado por lo tanto: Gaetano le debía cien mil francos, é igual cantidad á la caja del Club.

Se levantó, sin despecho aparente, al mismo tiempo que su adversario, y aunque en el fondo estaba desesperado, se mantuvo impasible en la apariencia, y, como única venganza, dijo sonriendo al barón:

—¡Afortunado en el juego!... ¡Tenga usted cuidado!

Al ver á los dos adversarios, se les hubiera creído los mejores amigos del mundo.

El barón se inclinó y contestó con una estocada á fondo diciendo:

—Hasta mañana, querido Gaetano.

El marqués de Avoise salía de la sala de juego, cuando le dijo Tallerande:

—Te buscan.

—¿Quién?

—Dos señores, que me parecen dos testigos.

El marqués respiró con fuerza. Comprendió; un duelo le calmaría los nervios: necesitaba descargar su cólera sobre alguien.

—Bien—dijo;—no te alejes y avisa á de Fresnes; os necesito.

Ya se conoce el resultado de la entrevista.

CAPÍTULO XXIII

Tanto en el hotel Savignat, como en el de la calle de Saint-Honoré, estaban en un estado de inquietud fácil de comprender.

Los árabes que, al atravesar el desierto, presienten el *simoum*, experimentan algo parecido.

La señora de Savignat había llevado á la marquesa á casa de sus amigos de Passy porque no quería ver á su yerno después del descubrimiento que había hecho, y del cual no dió parte á su hija. Esperaba con impaciencia la decisión del señor Peyral, que debía tener ya más pruebas de las necesarias.

No es posible pintar hasta qué grado tenía el don de horripilar á la buena señora la habitación de la calle de Lisboa, y, en su opinión, hubiera sido preciso remontarse al tiempo de la Regencia, ó del reinado de la Du Barry, para encontrar cosa semejante.